

— Toussaint, dijo el carpintero, te creía honrado. Una palabra más y te devuelvo tu amistad.

— Pero, dijo dulcemente Toussaint, lo que digo tanto es por ti como por mi.

— ¿Cómo por mí?

— Sin duda que es por ti: por ti, por Fifina, por tu hija.

Á estas palabras « es por ti, por Fifina, por tu hija, » los ojos de Juan Taureau brillaron.

Pero casi en el acto, cogiendo á Toussaint por el cuello, como el leñador coge al árbol que quiere derribar, le dijo:

— ¡ Infeliz ! ¿ quieres callarte de una vez ?

— Por tu hija sobre todo, continuó Toussaint, que sabía que sobre esto podía hablar impunemente, por tu hija, á quien el médico ha mandado llevar al campo.

El carpintero se estremeció.

— Tenéis la mujer enferma y á la niña también, replicó Mr. de Valgeneuse, podéis devolver á ambos la salud, ¿ y dudáis ?

— Pues bien, no, dijo el carpintero: ¡ mil truenos !... no dudo.

Toussaint estaba anhelante, Mr. de Valgeneuse apenas respiraba, porque era imposible adivinar si Juan Taureau iba á rehusar ó á aceptar.

Miró uno después de otro, al preso y á su compañero.

— ¿ Aceptáis ? preguntó el conde ?

— ¿ Aceptas ? dijo Toussaint.

Juan Taureau levantó solemnemente la mano.

— Escuchad, dijo; tan cierto como que Dios está en el cielo, que ese Dios castiga á los malos y premia á los buenos, al primero de los dos que vuelva á hablar una

palabra sobre esto, lo ahogo. Ahora, el que se atreva que hable.

Juan Taureau esperó en vano la respuesta; los dos hombres se callaron.

CAPÍTULO IX

EN EL QUE LA AMENAZA NO SURTE MEJOR EFECTO QUE LA SEDUCCIÓN.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el conde de Valgeneuse cambió de táctica por tercera vez.

Primero había tratado de emborrachar á los dos mohicanos, y después de comprarlos.

Las dos tentativas habían fracasado.

Resolvió amedrentarlos.

— Ya que no se permite hablar de dinero, se podrá al menos hablar de otra cosa.

— Hablad, dijo lacónicamente Juan Taureau.

— Conozco al hombre que os ha encargado que me custodiéis.

— Lo celebro, dijo Juan Taureau, y os deseo muchos conocimientos como ése, aun cuando en verdad son bastante raros.

— Al salir de aquí, porque un día ú otro he de salir, ¿ no es verdad ? preguntó Mr. de Valgeneuse.

— Es probable, respondió el carpintero.

— Pues bien, cuando salga de aquí iré á prestar declaración, y una hora después estará preso.

— ¿Preso? ¿el Sr. Salvador preso?... vamos, dijo Juan Taureau, eso es imposible.

— ¡Ah, se llama Salvador!... dijo Loredán, no le conozco bajo ese nombre.

— Bajo ese nombre ó con otro cualquiera, os prohibo yo á vos, todo un conde, que le hagáis prender.

— ¿Me prohibís vos?...

— Yo, sí, yo: además que él se defenderá bien.

— Lo veremos; le haré prender, y ya conoceréis que una vez metido en ese camino, no os olvidaré.

— ¿No nos olvidaréis?

— Ya sabéis lo fácil que es el ir á galeras.

— Galeras, ¿eh? exclamó Toussaint.

— Ya ves, que el señor conde, después de habernos querido emborrachar, después de habernos hecho la injuria de querernos comprar, tiene ahora el capricho de querer divertirse con nosotros, dijo Juan Taureau.

— Pues en ese caso tiene un capricho de muy mal gusto, dijo el carbonero.

— Á fe de Loredán de Valgeneuse, os doy mi palabra, dijo con suprema sangre fría el prisionero, que dos horas después de verme en libertad todos tres estaréis presos.

— ¿Oyes, Juan Taureau? dijo Toussaint, parece que no se chancea.

— Todos tres, lo repito; vos, Sr. Toussaint Louverture, el carbonero; vos, Juan Taureau, el carpintero, y vuestro jefe el Sr. Salvador.

— ¿Haréis eso? dijo Toussaint cruzándose de brazos y mirando fijamente al preso.

— Sí, dijo enérgicamente el conde que conocía que el momento era decisivo, y que si lo perdía mostrando deci-

sión, aun más probable sería que lo perdiera mostrando debilidad.

— ¿Conque prometéis hacerlo?

— Á fe de caballero.

— Lo hará como lo dice, amigo Juan, dijo el carbonero.

Barthelemy Lelong meneó desdenosamente la cabeza.

— Te digo que no lo hará, amigo Toussaint.

— ¿Y por qué, Juan?

— ¡Bah! porque vamos á quitarle los medios de que lo haga.

Tocóle al conde esta vez el temblar al oír el acento y al ver la fisonomía del carpintero, pues no había en todo su cuerpo un músculo que no revelase una resolución firme y decidida.

— ¿Qué quieres decir, Juan? preguntó Toussaint.

— Cuando estaba allí ahora poco desmayado sobre aquella mesa...

— Y bien...

— ¿Qué hubiera sucedido si en vez de estar solo desmayado hubiera estado muerto?

— ¡Diablo! lo que habria sucedido, dijo Toussaint con su lógica ordinaria, es que hubiera estado muerto en vez de estar desmayado.

— Y en ese caso, ¿nos hubiera denunciado á nosotros ni hubiera denunciado al Sr. Salvador?

— ¡Vaya un caso!... Claro está que no hubiera denunciado á nadie.

— Pues bien, dijo Juan Taureau con voz sombría, supón que el señor está muerto.

— Sí, dijo Mr. de Valgeneuse, pero no lo estoy.

— ¿Estáis seguro de ello? preguntó Juan Taureau con

un acento que hizo estremecerse y dudar en efecto á Loredán de si estaba muerto ó vivo.

— Señor... dijo el conde.

— Y yo, continuó Juan Taureau, os declaro que estáis tan próximo á morir, que no vale la pena de que os pongáis á disputar sobre ello.

— ¡ Ah ! dijo Loredán, ¿ estáis resuelto á matarme según parece ?

— Y si esto puede servir de distracción, replicó Juan Taureau, voy á deciros de qué manera.

— Vamos, dijo Loredán, ya no son las galeras lo que arriesgáis, sino el patíbulo.

— ¡ El patíbulo ! ¡ el patíbulo ! ¡ Oyes, Juan ? balbuceó Toussaint.

— ¡ Bah ! dijo Juan Taureau, sólo los imbéciles son los que van al patíbulo, los que no saben tomar bien sus precauciones. Pero no tengáis cuidado, señor conde, tomaremos bien las nuestras, y vais á juzgar por vos mismo.

El conde esperó la explicación con rostro bastante sereno.

— Hé aquí cómo pasarán las cosas, señor conde, continuó el carpintero sin que su voz denotase la menor vacilación ; voy á poner de nuevo la mordaza y á ataros tal y conforme estabais no hace mucho. Descuelga esa red de pescar que está colgada en la pared, Toussaint.

Toussaint la descolgó.

— Voy á llevaros hasta el río ; llegado allí, desataré un barco, le dejaremos arrastrar por la corriente dos ó tres leguas, luego, en un buen sitio que tenga quince pies de profundidad, os enredaremos y envolveremos en la red y os arrojaemos al agua. ¡ Oh ! no tengáis cuidado, os iréis á fondo, porque tendré cuidado de enganchar las mallas de la red en los botones de vuestro redingote ; esperaremos diez

minutos á que concluya el negocio, volveremos á subir por la corriente, dejaremos el barco en su sitio y nos vendremos aquí para despachar un par de botellas. Concluidas éstas, volvemos á París antes de amanecer, entramos en nuestra casa sin que nadie nos vea, y esperamos.

— ¿ El qué esperaréis ? dijo el conde enjugando el sudor que corría por su frente.

— Esperaremos noticias de Mr. de Valgeneuse, y hé aquí lo que las gentes que sepan leer podrán ver en los periódicos :

« Se ha encontrado en el Sena el cadáver de un joven que parecía haberse ahogado hace días. Este desgraciado parece que á pesar de frecuentes y repetidos ejemplos, quiso arrojar las redes teniendo puesto un redingote, en vez de haberse vestido con una blusa por precaución : la red se ha enganchado en los botones de su vestido y le ha arrastrado al río, siendo infructuosos cuantos esfuerzos hizo para desenredársela.

» El reloj que se ha encontrado en su bolsillo, así como el dinero y sus sortijas no dan lugar á creer que pueda haber sido asesinado.

» El cadáver ha sido llevado y expuesto en la Morgue. »

— ¿ No está esto bien arreglado ? ¿ Creéis que irán á acusar á Juan Taureau y á Toussaint Louverture, á quien no conoce ni Adán ni Eva, de haber asesinado á Mr. de Valgeneuse ?

— ¡ Ah ! pardiez, dijo Toussaint, juro que tienes talento, Juan Taureau, lo que nunca hubiera creído de tí.

— ¿ Estás pronto ? preguntó Juan Taureau.

— ¿ Pues no ? respondió el carbonero.

— Ya veis, señor conde, que sólo falta vuestro permiso

para comenzar la función. Pero ya sabéis que si no nos lo dais, nos pasaremos sin él.

— ¡ Al agua ! ¡ al agua ! dijo Toussaint.

Barthelemy extendió su ancha mano hacia el conde, que dió dos pasos hacia atrás, sin poder dar más, pues tropezó con la pared.

— Os aseguro que no iréis más allá ; la pared es sólida, dijo Juan Taureau.

Y dando dos pasos adelante, puso su mano sobre el hombro del conde.

Esta mano produjo á Mr. de Valgeneuse el mismo efecto que le hubiera producido la del verdugo.

— Señores, dijo Loredán haciendo el último esfuerzo : no cometeréis á sangre fría semejante crimen : ya sabéis que los muertos se levantan de sus tumbas para acusar á sus asesinos.

— Sí, pero no del fondo del río, sobre todo cuando están metidos en una red, ¿ La tienes lista, Toussaint ?

— Si, contestó éste, solo falta el pescado.

Juan Taureau alargó el brazo y cogió las cuerdas que había dejado sobre la cama.

En un abrir y cerrar de ojos los brazos de Loredán estaban sujetos y atados á la espalda.

Fácil era conocer en el vigor y en la precisión de los movimientos de Juan Taureau, que esta vez su resolución era formal.

— Señores, dijo Loredán ; ahora ya no se trata de que me dejéis huir, sino de que no me asesinéis.

— ¡ Silencio ! dijo Juan Taureau.

— Os prometo cien mil francos, si...

El conde no acabó, pues el pañuelo que ya antes le había servido de mordaza, le cerró segunda vez la boca.

— ¡ Cien mil francos ! balbuceó Toussaint ; ¡ cien mil francos !...

— ¿ Y en dónde los tendrá esos cien mil francos ? dijo desdeñosamente Juan Taureau.

El preso no podía hablar, pero hizo con la cabeza una señal de que no tenían más que registrar sus bolsillos.

Juan Taureau alargó su mano, deslizó dos dedos en el bolsillo del redingote de Mr. de Valgeneuse y sacó de él una cartera.

Colocó á Mr. de Valgeneuse junto al muro, como si fuera una momia, y acercándose á la lámpara abrió la cartera.

Toussaint le miraba por encima del hombro.

Juan Taureau contó veinticinco billetes de banco.

El corazón de Toussaint latía hasta el punto de querer salirse del pecho.

— ¿ Son verdaderos billetes de banco, Toussaint ? preguntó Juan : vamos, léelos tú que sabes leer.

— Ya lo creo que son buenos, dijo Toussaint. Buenos y muy buenos. Jamás los he visto como éstos en la puerta de los cambiantes. Son de cinco mil cada uno.

— Veinte veces cinco, ó cinco veces veinte... son... justo ; cuenta completa.

— ¿ Así que le dejamos vivir y nos embolsamos los cien mil ? replicó Toussaint.

— Al contrario, dijo Juan, le devolvemos los cien mil y le ahogamos.

— ¡ Ah ! ¿ le ahogamos ? preguntó Toussaint.

— Sí, dijo Juan.

— ¿ Y estás seguro que no nos sucederá nada malo ? preguntó Toussaint á media voz.

— Esta es nuestra salvación, dijo Juan Taureau vol-

viendo á poner los billetes en la cartera y metiendo ésta en el redingote de Loredán. Abrochó éste y continuó:

— ¿Quién sospecharía que dos pobres diablos como nosotros han ahogado á un hombre y le han dejado cien mil francos en el bolsillo?

— Vamos, dijo Toussaint, ya veo una cosa.

— ¿Cuál?

— Que hemos nacido pobres y que pobres habremos de morir.

— Amén, dijo Juan Taureau echándose al hombro al conde. Abre Toussaint.

Toussaint abrió la puerta.

Pero apenas la abrió dió un grito y retrocedió dos pasos.

Un hombre estaba de pie en el umbral.

Este hombre entró.

— Calla, dijo Juan Taureau, es el Sr. Salvador. Diabla, á fe que llega á tiempo.

CAPÍTULO X.

EN EL QUE LOS DOS PRIMOS SE RECONOCEN DEFINITIVAMENTE.

Salvador dirigió al entrar una mirada tranquila sobre los dos, ó mejor dicho sobre aquellos tres hombres.

— ¿Y bien? preguntó, ¿qué pasa aquí?

— Nada, dijo Juan Taureau, que con vuestro permiso voy á ahogar á este caballero.

— Si, vamos á ahogarle, añadió Toussaint.

— ¿Y por qué tal extremo? preguntó Salvador.

— Porque al pronto quiso emborracharnos.

— ¡ Ah !

— Y después comprarnos.

— ¿Y luego?

— Intimidarnos.

— ¡ Intimidar á Juan Taureau ! á Toussaint no diré que no, ¡ pero á Juan Taureau !

— Ya lo veis, dijo el carpintero; conque dejádnos pasar y en media hora está despachado el asunto.

— ¿Y qué es lo que te ha dicho para intimidarte?

— Que os delataría, Sr. Salvador, y que haría que os llevasen al patíbulo. Entonces le he dicho: Bueno, pero entretanto voy yo á llevaros al Sena. Si queréis, venid y veréis la función, Sr. Salvador.

— Desata á ese hombre, Juan.

— ¿Cómo que le desate?

— Si.

— ¿Pero no habéis oído lo que os he dicho?

— Si.

— Que quería delataros, hacer que os prendan, que os guillotinen...

— Y yo te he contestado: Desata á ese hombre, Juan, y déjame solo con él.

— ¡ Sr. Salvador ! dijo Juan con voz suplicante.

— No tengas cuidado, amigo, insistió el joven; Mr. de Valgeneuse nada puede contra mí, en tanto que yo...

— Vos... qué...

— Yo puedo todo contra él. Por última vez, desata á ese hombre, Juan, y déjanos hablar tranquilamente.

— Vamos, dijo Juan, puesto que tan formal es el empeño. Y con la mirada interrogó á Salvador.

— Muy formal, repitió éste.

— Entonces obedezco, dijo Juan Taureau vencido.

Y habiendo desatado los brazos y piernas del joven, y quitándole el pañuelo que le servía de mordaza, salió de la cabaña con su amigo Toussaint, previniendo á Salvador, ó mejor dicho á Mr. de Valgeneuse, que permanecía en la puerta á fin de acudir en caso de que hubiera necesidad de él.

Salvador siguió á Juan y á Toussaint con la vista, y cuando vió cerrada la puerta, exclamó:

— Ahora, tomaos la molestia de sentaros, primo mío, porque temo mucho que es demasiado lo que tenemos que decirnos para permanecer en pie.

Loredán miró rápidamente á Salvador.

— ¡ Ah! continuó éste levantando con la mano sus hermosos cabellos tan finos y sedosos, y descubriendo á la par su frente tranquila y pura como si se hallara frente á frente de su mejor amigo.

— Miradme bien, dijo, soy yo.

— ¿ De dónde diablos salís, Sr. Conrado? dijo el conde más á gusto ante un hombre de su clase que frente á dos proletarios con los que tan desventajosamente acababa de luchar. Palabra que os creía muerto.

— Pues ya veis que no lo estoy, dijo Salvador. Dios mío, la historia está llena de acontecimientos por este estilo desde Orestes, que hizo anunciar su muerte por Pilades á Egisto y á Clitemnestra, hasta el duque de Normandía, que reclama de S. M. el rey Carlos X el trono de su padre Luis XVI.

— Ya, pero ni Orestes ni el duque de Normandía habían hecho pagar su entierro á aquellos de quienes querían vengarse, ó de los que reclamaban una herencia, respondió Mr. de Valgeneuse, manteniendo la conversación en el tono en que había empezado.

— Vaya, primo, ¿ vais á echarme en cara un miserable

billete de quinientos francos que mi entierro os ha costado? Pensad que poco dinero habrá que haya sido mejor invertido que ese, porque hace cosa de unos seis años que uno con otro, bueno con malo, os produce doscientas mil libras de renta. Tranquilizaos, pues, y descuidad, que ya os los devolveré cuando arreglemos nuestras cuentas.

— ¡ Nuestras cuentas! replicó desdeñosamente Loredán: ¿ tenemos nosotros algunas cuentas que arreglar?

— ¡ Pardiez!

— No serán ciertamente las del difunto marqués de Valgeneuse, mi tío.

— Podriais muy bien, mi querido Mr. Loredán, añadir, y mi padre.

— Ninguna consecuencia puede tener, y si es cosa que os agrada, diré mi tío y vuestro padre.

— Sí, dijo Salvador, me agrada.

— Ahora, Mr. Conrado, ó Sr. Salvador, como queráis, pues que tenéis varios nombres, ¿ pecaré de indiscreto, al preguntaros cómo es que vivís cuando todo el mundo os cree muerto?

— Á fe mía que no, iba yo mismo á ofrecer os contar esta historia, aunque os interesará muy poco.

— Me interesa y mucho, contad, contad.

Salvador se inclinó en señal de asentimiento.

— ¿ Ya recordáis, mi querido primo, de qué modo tan inesperado y fatal murió el marqués de Valgeneuse, vuestro tío y mi padre?

— Perfectamente.

— Y recordaréis, que no había querido nunca reconocermé, no porque me juzgase indigno de llevar su nombre, sino por el contrario, porque reconociéndome no podía dejarme más que el quinto de su fortuna.

— Debéis conocer mejor que yo las disposiciones del Código respecto á los bastardos. Siendo como soy hijo legítimo, no he tenido nunca que ocuparme de ellas.

— ¡ Pbs ! no era yo quien me ocupaba, sino mi pobre padre. Y tanto se ocupaba de ellas, que el día mismo de su muerte hizo ir á su casa al honrado Mr. Baratteau !

— Si, y por cierto que nunca se ha podido saber fijamente el objeto para que le había llamado. ¿ Presumís tal vez que era para entregarle un testamento en favor vuestro ?

— No lo presumo, estoy seguro de ello.

— ¿ Que estáis seguro ?

— Sí.

— ¿ Y cómo ?

— La vispera, como si previese la desgracia que le amenazaba, mi padre, cuando yo me resistí á oírle, me dijo lo que pensaba hacer, ó mejor dicho, lo que había hecho.

— Conozco esa historia del testamento.

— ¿ La conocéis ?

— Sí, tal como vos al menos la habéis contado. El marqués había hecho un testamento autógrafo que debía entregar á Mr. Baratteau, pero antes de entregarlo, ó después de haberlo entregado, pues este punto, por más importante que sea, no ha sido nunca claramente fijado, el marqués tuvo un ataque fulminante de apoplejía. ¿ No es esto ?

— Sí, primo, salvo un detalle sin embargo.

— ¿ Un detalle ? ¿ y cuál ?

— El de que para mayor precaución, el marqués no había hecho solo uno, sino dos testamentos.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ dos testamentos !

— Por duplicado : dos testamentos, primo, enteramente iguales.

— En los que os legaba su nombre y su fortuna.

— Justamente.

— ¡ Qué desgracia que no haya parecido ninguno de esos dos testamentos !

— Sí, es una fatalidad.

— ¿ Y el marqués se había olvidado de decirnos dónde estaban ?

— El uno estaba destinado á ser entregado al notario ; el otro me debía haber sido entregado á mi mismo.

— ¿ Y entretanto ?

— Entretanto el marqués lo había guardado en un cajón secreto de un pequeño mueble de palo de rosa, que había sido de su madre, y que estimaba en mucho.

— Pero, dijo Loredán mirando fijamente á Salvador, creía que vos ignorabais dónde estaba ese precioso testamento.

Entonces lo ignoraba.

— ¿ Y ahora ?

— Ahora, dijo Salvador mirando fijamente á su primo, ahora lo sé.

— ¡ Ah ! dijo Loredán, contadme eso ; el asunto es curioso.

— Perdonad, ¿ pero no queréis que os cuente primero cómo estoy vivo, cuando el que más y el que menos me creen muerto ? Pongamos orden en la relación, y así ésta será más clara y más interesante.

— Poned orden, querido primo, mucho orden ; os escucho.

Y para escuchar la relación de Salvador, el conde de Valgèneuse tomó la postura más elegantemente descuidada que le fué posible.

Salvador empezó.

CAPÍTULO XI.

DONDE SE COMIENZA Á VER UN POCO MÁS CLARO EN LA VIDA DE SALVADOR.

— Pasaremos, mi querido primo, dijo Salvador, por la historia de los testamentos, que no os parece muy clara, no porque dejemos de volver más tarde á ella, y empezaré, si os parece mi historia desde el momento en que vuestra honorable familia, que hasta entonces había tenido la bondad de mirarme como pariente suyo, y que por un momento había tenido la idea de soñar un casamiento entre Mlle. Susana y yo, no mirándome ya sino como un ser extraño, me mandó desocupar el palacio de la calle del Bac.

Loredán inclinó la cabeza, como significando que admitía aquel punto de partida para la relación de la historia de Salvador.

— Me haréis la justicia de declarar, mi querido primo, que no puse dificultad ninguna en obedecer aquella intimación.

— Es verdad, respondió Loredán, pero acaso no hubiérais obrado así á haber hallado el famoso testamento.

— Tal vez no, lo confieso, dijo Salvador. El hombre es débil, y cuando tiene precisión de pasar de la fortuna á la miseria, duda como los mineros que por primera vez bajan al fondo del pozo, en el fondo del cual se halla sin embargo el mineral virgen, el oro puro.

— Primo mío, con semejantes principios jamás es uno pobre.

— Desgraciadamente no los tenía entonces, sólo tenía el orgullo. Verdad es que el orgullo produjo en mí el efecto que en otro hubiera producido la resignación. Dejé pues mis caballos en sus cuadras, mis carruajes en sus cocheras, mis vestidos en el guardarropa, mi dinero en mi secreter, y salí con el traje que tenía puesto y cien luises que había ganado la víspera al ecarté. Era justamente, según mis cálculos, lo que necesitaba para vivir un año, como vive un empleado subalterno. Tenía además algunos estudios de adorno ó al menos creía tenerlos: dibujaba un poco, retrataba algo y hablaba tres idiomas: daría lecciones de dibujo, de alemán, de inglés y de italiano. Alquilé un gabinete amueblado en un quinto piso en el fondo del arrabal Poissonniere, es decir, en un barrio donde nunca había puesto los pies y donde por consecuencia, era enteramente desconocido. Rompí con todos mis conocimientos, y empecé mi nuevo género de vida echando sólo de menos una cosa del rico palacio que abandonaba.

— ¿Qué cosa?

— Adivinadla.

— Decid.

— Pues bien, el pequeño secreter de palo de rosa, aquel mueble de familia, que el marqués conservaba, por ser de su madre, y que ésta tal vez lo tendría por ser de su abuela.

— No teniais más que haberlo mandado á pedir, dijo Loredán, y se os hubiera regalado con mucho gusto.

— Lo creo, primero, porque vos me lo decís, mi querido primo, y segundo, porque supe que lo habiais vendido con todo el resto del mueblaje.

— Qué queréis, ¿á qué se habían de guardar todas aquellas vejeces?...

— Habéis hecho muy bien, y dentro de poco os lo probaré. Marchéme pues con solo este pesar y comencé mi vida nueva, como dice el Dante. ¡ Ah ! mi querido primo, no os arruinéis nunca : no sabéis lo malo que es el ser pobre y el empeñarse en ser hombre honrado.

Mr. de Valgeneuse sonrió desdeñosamente.

— Ya podéis juzgar con vuestro talento de mundo cómo pasaron las cosas. Mi talento de pintor, notable para un aficionado, era menos que mediano para artista. Mi conocimiento en varios idiomas, suficiente para un rico viajero, carecía de la ciencia necesaria para las demostraciones prácticas del profesor. Al cabo de nueve meses, mis cien luises habían desaparecido : no tenía un solo discípulo, los mercaderes rehusaban mis cuadros, y sólo me quedaba, á decir verdad, no queriendo ser ni un pillo, ni un entretenido, la elección entre el río, la cuerda ó la pistola.

— ¿ Escogisteis resueltamente la pistola ?

— ¡ Oh ! semejantes resoluciones no se toman así, mi querido primo, y cuando os halléis en un caso igual, veréis todo lo difícil que es el tragar semejante bocado. Dudé por el contrario mucho tiempo. No tenía que pensar en el río, sabía nadar y una piedra al cuello me daba cierta semejanza con los perros á quienes se ahoga, que me repugnaba en extremo. La cuerda desfigura, y además no estaba uno bien cierto de las sensaciones que acompañan á este género de muerte : tuve miedo de que dijeran que me había matado por curiosidad.

Quedaba pues la pistola.

Me fijé pues en ella. La pistola desfigura, pero de una manera fatal y no ridícula. Sabía lo bastante de medicina,

ó más bien de cirugía, para colocar el cañón en buen sitio, y estaba seguro de no errarme.

Me concedí ocho días para hacer nuevas tentativas, proponiéndome á mí mismo que si fallaban, transcurridos estos ocho días, me mataría.

Fallaron, y el octavo día amaneció.

Había hecho las cosas en conciencia ; había apurado hasta mi último recurso, y me quedaba un doble Luis.

No era sin embargo lo bastante para comprar una pistola que no me reventara entre los manos.

Además, sentía levantarme la tapa de los sesos con un arma de pacotilla.

Afortunadamente tenía crédito.

Fuí á casa de Lepage que era un armero : no me había visto desde hacía un año. Me creía siempre con doscientas mil libras de renta, y puso á mi disposición su almacén.

Escogí una excelente pistola de dos tiros, de cañones cortos, rayados y sobrepuestos. Creo que estará pagado con haber puesto en el testamento que la pistola pertenecía á Lepage y que deseaba que le fuese devuelta.

En casa mismo del armero la cargué. Dos balas en cada cañón era más de lo que necesitaba.

Al verme hacer aquella operación con tanto cuidado, me pareció que pasaba una duda por la frente del maestro. Pero estaba, ó mejor dicho, aparentaba estar tan alegre, que si sospechó, la sospecha sólo duró un momento.

Cargada la pistola me noté que tenía hambre. Subí por la calle Richelieu, llegué al boulevard, entré en el café Riche y almorcé.

Entré con cuarenta francos y salí con treinta.

Un almuerzo de diez francos en el café Riche es un

lujo que se puede permitir un hombre que ha tenido doscientas mil libras de renta y que va á suicidarse porque sólo tiene cuarenta francos.

Eran las dos cuando sali del café: me ocurrió la idea de dar un último adiós al París aristocrático; subí por el boulevard hasta la Magdalena, tomé la calle Real, y me fui á sentar en los Campos Eliseos.

Vi allí pasar ante mi cuanto había conocido de mujeres á la moda y de hombres elegantes; os vi á vos, primo mío, que montabais mi caballo árabe Djerid. Nadie me reconoció: estaba ausente hacia un año: la ausencia es una semimuerte, y cuando la ruina se une á la ausencia, la ausencia entonces puede pasar por una muerte completa.

Á las cuatro me levanté maquinalmente, y con la mano puesta en el cañón de la pistola, que apretaba como se aprieta la mano del último amigo, volví á entrar en París.

La casualidad, perdón, Dios mío, por usar de esta palabra, la Providencia, quiso que entrara por la calle Saint-Honoré: digo la Providencia y sostengo lo que he dicho. Volvía al arrabal Poissonniere. Podía tomar la calle de Rivoli ó el boulevard, que sobre poco más ó menos son lo mismo, en vez de tomar la calle Saint-Honoré, que es fangosa y fea. Tomé pues esta calle.

¿En dónde vagaba mi pensamiento? Cosa es esta difícil de decir. Estaba en los campos oscuros del pasado, en las luminosas llanuras del porvenir se agitaba sostenido sobre nuestro mundo por las olas del alma, ó era arrastrado á las profundidades de la tumba por el peso material del cuerpo.

De pronto choqué contra un obstáculo: la gente llenaba la calle Saint-Honoré. Un joven predicador, protegido por el padre Olivier, predicaba un sermón en Saint-Roch.

Me asaltó el deseo de entrar en la iglesia, y en el momento de hallarme frente á frente con Dios el de recoger, como un maná santo para aquel gran viaje, la divina palabra.

Dejé á todo el mundo amontonarse en las gradas de Saint-Roch, entré por la calle de este nombre y llegué fácilmente hasta el pie del púlpito.

Sólo allí separé la mano del arma mortífera, y esta fué para tomar agua bendita y hacer la señal de la cruz.

CAPÍTULO XII.

DE CÓMO MR. CONRADO DE VALGENEUSE CONOCIÓ QUE SU VERDADERA VOCACIÓN ERA LA DE SER MANDADERO.

Salvador se interrumpió.

— Perdonad, dijo, dirigiéndose á su primo; tal vez os pareceré un poco prolijo, pero he pensado que mi vida era un acontecimiento tan importante en vuestra existencia, que cada detalle de este momento supremo os interesaba.

— Y tenéis razón, dijo Mr. Loredán que se había puesto más grave, continuad, os escucho.

— La voz del predicador llegó á mi antes de que yo viera su persona: aquella voz vibraba ora grave, ora dulce, pero siempre penetrante.

Estuve algunos minutos sin entender otra cosa que sonidos vagos, un ruido musical, una melodía suave, armoniosa: estaba ya tan lejos en el mundo futuro, que era necesario el tiempo á la voz de este mundo para que llegase hasta mí.

Á las primeras palabras que oí y de las cuales me pude dar cuenta, reconocí que el sacerdote predicaba, no contra el suicidio, pero sí sobre el suicidio; estaba tratando el asunto desde un alto punto de vista social, sobre los deberes del hombre hacia sus semejantes, sobre el vacío; no hallo palabras para expresarme é invento una, sobre el vacío inconmensurable que deja el hombre en su círculo de acción cuando muere antes del tiempo marcado por la Providencia. Atacó y derribó unos tras otros, como hace el ariete con una, otra y otra muralla, todos los motivos que empujan al hombre hacia el suicidio: citó los siglos desde el xiv al xviii, buscó en ellos vanamente el suicidio, y no lo encontró. El suicidio, según él, empezaba donde acababa el convento. En otro tiempo, el hombre arruinado, engañado, desengañado ó destrozado por un gran dolor, sea éste el que quiera, el hombre se hacía monje; era un medio de saltarse la tapa de los sesos; era el suicidio moral ya que no el físico; se sepultaba en aquella gran fosa común llamada monasterio.

Allí oraba, y á veces era consolado.

Hoy nada de esto existe ya: los claustros están abolidos, los monasterios cerrados, los conventos son raros, la oración y la plegaria han volado al cielo.

Quedaba el trabajo.

Trabajar, según él, es orar.

Había en estas palabras toda una revelación.

Alcé los ojos hacia el que las pronunciaba.

Era un bello monje de veinte años apenas, vestido con el traje español: un dominico pálido, con grandes ojos negros, pero magníficos.

Reunía en sí los dos medios indicados por él: la oración y el trabajo.

Se conocía que aquel hombre oraba de continuo, trabajaba siempre.

Miré alrededor mío, y me pregunté qué trabajo podía hacer: Rousseau enseñó á su Emilio el oficio de carpintero.

Pero por desgracia, á mi no me habían enseñado ningún oficio.

Vi un hombre de unos treinta años, estaba vestido con un traje de pana negra, y tenía en la mano su gorra: llevaba en la chaqueta una placa de cobre.

Reconoci en él á un mandadero.

El mandadero estaba apoyado en un pilar y escuchaba atentamente al predicador.

Fuí junto á él y me apoyé en el mismo pilar.

Estaba decidido á no perderle de vista: tenía que hacerle algunas preguntas.

Escuché el sermón hasta el fin; pero antes de que acabase estaba ya decidido á vivir.

El predicador bajó del púlpito y pasó junto á mí.

— ¿Cómo os llamáis, padre mío? le pregunté.

— ¿Ante los hombres ó ante Dios? respondió.

— Ante Dios.

— El hermano Domingo.

Y pasó.

La multitud se dispersó: yo seguí al mandadero.

En la esquina de la calle de Saint-Roch le paré.

Perdonad, amigo, le dije.

Se volvió.

— ¿Me necesitáis?

— Sí, respondí sonriendo.

— ¿Hacen falta los cordeles, ó es solo un encargo?

— Es solo una noticia lo que quiero.

— ¡Ah! ¿sois extranjero?

- Á la vista, sí.
 Me miró admirado.
 — ¿ Es buen oficio el vuestro ? le pregunté.
 — ¡ Diablo ! según vos lo entendáis.
 — ¿ Digo que si os gusta ?
 — Cuando lo ejerzo...
 — Permitidme que os diga que eso no es siempre una razón.
 — En fin, ¿ qué deseáis saber ?
 — ¿ Qué tal se gana la vida ?
 — Hay de todo, pero siempre se gana para vivir.
 — Vamos, tened la bondad de darme algunas noticias.
 — Interrogadme y os responderé.
 — Bueno con malo, por término medio, ¿ cuánto se gana al día ?
 — De cinco á seis francos en los barrios buenos.
 — ¿ Dos mil francos por año ?
 — Cerca.
 — ¿ Cuánto gastáis diariamente ?
 — La mitad de lo que gano.
 — ¿ Entonces economizáis por año ?
 — Un billete de mil francos..
 — ¿ Cuáles son los contratiempos del oficio ?
 — No se los conozco.
 — ¿ Es uno libre ?
 — Como el aire.
 — Parece que perteneciendo al público...
 — ¡ Al público ! ¿ y quien no le pertenece ? El rey Carlos X, el primero, ¿ no pertenece al público ? Á fe mía que más libre soy yo que él.
 — ¿ Pues cómo ?
 — Si una comisión no me gusta, la rehuso ; si un bullo

- me parece muy pesado, muevo la cabeza. Todo es hasta hacerse uno conocer, que luego escoge uno.
 — ¿ Hace mucho tiempo que ejercéis el oficio ?
 — Diez años.
 — ¿ Y en diez años no habéis sentido no tener otro oficio cualquiera ?
 — Nunca.
 Reflexioné un momento.
 — ¿ Es eso todo ? me preguntó.
 — Una pregunta aún.
 — Decid.
 — Cuando uno se quiere hacer mandadero, ¿ qué medios debe emplear para conseguirlo ?
 El hombre me miró sonriendo.
 — ¿ Querriais acaso vos haceros mandadero ?
 — Tal vez.
 — ¡ Oh ! no es difícil y no se necesitan grandes recomendaciones para esto.
 — En fin.
 — Se va á la prefectura con dos testigos que respondan de vuestra moralidad, y se pide un número.
 — ¿ Y esto cuesta ?...
 — El trabajo de pedirlo.
 — Gracias, amigo mío.
 Saqué del bolsillo un napoleón y se lo ofrecí.
 — ¿ Qué es eso ? me preguntó.
 — El precio del trabajo que os habéis tomado.
 — No es un trabajo, sino un placer, y un placer nunca se paga.
 — Entonces, un apretón de manos y las gracias.
 — ¡ Ah ! eso es otra cosa.
 Me alargó su callosa mano que estreché cordialmente,

y que él acogió por su parte con igual cordialidad.

— ¡Pardiez! me dije al separarme, hé aquí una cosa singular: pareceme que es la primera vez que estrecho la mano de un hombre.

Y volví á tomar el camino de mi desván.

CAPÍTULO XIII.

EL SUICIDIO.

Desde el momento en que ya no me mataba, tenía que hacer muy diferentes cosas que si me hubiera muerto.

Por de pronto comer, cosa que hubiera sido inútil si hubiera persistido en mi proyecto.

Después comprar un traje completo de mandadero.

Luego, en fin, tenía que procurarme un *sujeto*, como se dice en términos de anfiteatro, para hacerlo pasar por mí.

Si no me mataba, quería al menos que se me creyera muerto.

Había estudiado un poco de medicina, y practicado la anatomía en dos ó tres hospitales.

Conocía á los mozos de anfiteatro.

El todo consistía en procurarse el cadáver de un joven de mi edad, acostarle en mi cama y desfigurarle de un tiro.

Pero aquí se presentaba un gran inconveniente.

El médico de los muertos notaría fácilmente que el tiro había sido disparado sobre un cadáver

Me fui al Hotel-Dieu.

Había en otro tiempo hecho un pequeño servicio á un

mozo, haciendo librar á su hermano de la quinta. Este hombre hubiera dado su vida por mí.

Su hermano era cochero de alquiler y también me profesaba profundo reconocimiento.

Hice llamar al mozo.

— Luis, le dije, ¿traen aquí algunos que se saltan la tapa de los sesos?

— ¡Diablo! Sr. Conrado, se puede contar con dos al mes.

— Oye, cueste lo que cueste, Luis, necesito el primero que entre en el Hotel-Dieu.

— Cueste lo que cueste lo tendréis, ó perderé mi plaza.

— Gracias, Luis.

— ¿Y dónde lo necesitáis?

— En mi casa, arrabal Poissonniere, núm. 77, cuarto 4º.

— Para eso me entenderé con mi hermano.

— ¿Puedo contar contigo, Luis?

— Cuando os digo, me replicó encogíendose de hombros. Sólo que no salgáis en llegando la noche.

— Desde hoy me quedo en casa, descuida.

La dificultad estaba en que mis treinta francos no me alcanzasen. Tal vez me muriera yo de hambre antes de que á un desgraciado se le ocurriera el suicidarse de un tiro.

Volviendo á mí, entré en casa de un prendero y hallé un pantalón, chaleco y chaqueta de terciopelo por quince francos.

— Los compré é hice de todo un paquete que me llevé debajo del brazo.

Unos zapatos de caza y una gorra vieja debían completar mi traje.

Quedaban quince francos: manejándolos bien podía aún vivir cinco ó seis días.